

Agatha Christie®



CITA CON LA MUERTE

Uno de los desenlaces
más inesperados
en un caso de
HÉRCULES POIROT



booket



Agatha Christie

Cita con la muerte

Traducción: J. M. F.

Capítulo primero

—¿No comprendes que es necesario matarla?

La pregunta flotó en la quietud de la noche; pareció permanecer un momento inmóvil en el aire y por fin se alejó hacia el Mar Muerto.

Hércules Poirot quedó inmóvil, con las manos en la ventana. Frunciendo el ceño acabó por cerrar la ventana, impidiendo decisivamente el paso a todo molesto aire nocturno. Hércules Poirot había sido educado en la convicción de que el aire exterior estaba muy bien fuera de las habitaciones y que el aire nocturno era terriblemente nocivo a la salud.

Mientras corría las cortinas y se dirigía a la cama, sonrió burlescamente:

«¿No comprendes que es necesario matarla?».

Era curioso que un detective como Poirot escuchara estas palabras en su primera noche en Jerusalén.

—Indudablemente, dondequiera que voy hay algo que me recuerda el crimen —murmuró.

Su sonrisa se acentuó al recordar una historia que oyó una vez acerca de Anthony Trollope, el novelista. Trollope cruzaba el Atlántico y en el buque en que navegaba oyó a dos pasajeros discutir el último episodio publicado de una de sus novelas.

—Está muy bien —decía uno de los que hablaban—, pero debiera matar a esa repulsiva mujer.

Con amplia sonrisa, el novelista les abordó.

—Caballeros —dijo—. Les estoy muy agradecido. Iré a matarla en seguida.

Hércules Poirot se preguntó a qué obedecerían las palabras oídas. Quizás una colaboración en alguna novela o comedia.

Siempre sonriendo, pensó:

—Esas palabras podrían ser recordadas algún día y tener entonces un significado más siniestro.

Recordó también que en la voz hubo una nerviosa intensidad, un temblor que indicaba alguna emoción intensa. Era una voz de hombre o de un muchacho.

Mientras apagaba la lámpara de la mesita de noche, Hércules Poirot pensó:

«No me costaría ningún trabajo reconocer esa voz».

Acodados en el alféizar de la ventana, con las cabezas muy juntas, Raymond y Carol Boynton tenían la mirada fija en las azuladas profundidades de la noche. Nerviosamente, Raymond repitió sus anteriores palabras:

—¿No comprendes que es necesario matarla?

Carol Boynton estremeciéndose ligeramente. Con voz profunda y ronca, contestó:

—¡Es horrible!

—No es más horrible que esto.

—No, claro...

Violentemente, Raymond agregó:

—¡No puedo seguir así...! ¡No puedo! Tenemos que hacer algo... Y no podemos hacer otra cosa.

—Si pudiéramos marcharnos... —murmuró Carol sin ningún convencimiento.

—No podemos, Carol. Ya lo sabes.

La voz de Raymond estaba llena de desesperación.

La muchacha se estremeció.

—Lo sé, Ray, lo sé.

—La gente nos creerá locos por no habernos atrevido a huir.

—Quizás estemos locos —suspiró Carol.

—Tal vez. O por lo menos lo estaremos pronto... Si alguien nos oyera planear fríamente el asesinato de nuestra madre, nos creería locos.

—¡No es nuestra madre! —replicó vivamente Carol.

—No, no lo es.

Hubo una pausa y luego Raymond preguntó con forzada indiferencia:

—¿Estás conforme, Carol?

Carol respondió con viveza:

—Sí, debe morir. —Y bruscamente, perdido el dominio de sus nervios, la muchacha exclamó—: ¡Está loca! ¡Estoy segura de que está loca!... Si no lo estuviese no podría atormentarnos como lo hace. Desde hace años decimos que esto no puede seguir; pero ha seguido. Hemos dicho: «No tardará en morir»; pero no ha muerto. Ni creo que muera, a menos que...

Con gran firmeza, Raymond terminó:

—A menos que la asesinemos.

—Sí.

La muchacha apoyó fuertemente las manos sobre el alféizar. Con fría indiferencia y con sólo un ligero temblor que revelaba su emoción, la hermana siguió:

—Te das cuenta de que tiene que hacerlo uno de nosotros, ¿verdad? No podemos contar con Lennox ni con Nadine, y no podemos hacer que nos ayude Jinny.

Carol se estremeció.

—¡Pobre Jinny! ¡Tengo miedo...!

—Lo sé. Las cosas se complican cada vez más. Por eso hay que tomar una decisión en seguida... antes de que ella...

Carol irguióse, echando hacia atrás un mechón de cabellos castaños.

—¿Verdad que no crees que esté mal hacer eso, Ray? —preguntó.

Con la misma indiferencia de antes, Raymond replicó:

—No; creo que es como matar un perro rabioso... Es algo que hace daño y que debe ser frenado. Y sólo podemos detenerla así.

Carol murmuró:

—Pero de todas formas nos mandarían a la silla eléctrica... No podemos explicar cómo es ella... Resultaría demasiado increíble... En parte, todo eso sólo existe en nuestra imaginación.

—Nadie lo sabrá jamás —dijo Raymond—. Tengo una idea. La he meditado bien. No correremos ningún peligro.

Carol volvióse bruscamente hacia su hermano.

—Ray, pareces distinto. Has cambiado. Algo te ha sucedido. ¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa semejante?

—¿Por qué crees que se me ha ocurrido algo?

Al hablar, Raymond había vuelto la cabeza y clavado la mirada en el estrellado cielo.

—Porque... Dime, Ray, ¿fue aquella muchacha que encontraste en el tren?

—No, de ninguna manera. ¿Por qué? Por favor, Carol, no digas tonterías. Volvamos a... a...

—¿A nuestro plan? ¿Estás seguro de que es bueno?

—Creo que sí... Debemos aguardar a que se nos presente la oportunidad. Y si sale bien, quedaremos libres... todos libres.

—¿Libres? —Carol lanzó un suspiro y miró al cielo.

De pronto rompió a llorar convulsivamente.

—¿Carol? ¿Qué te ocurre?

La muchacha lloró quebradamente.

—¡Es tan hermosa la noche! ¡Si pudiésemos ser como ella! Si pudiésemos ser como los demás en vez de ser, como somos, extraños, malos...

—Seremos normales cuando ella muera.

—¿Estás seguro? ¿No es demasiado tarde? ¿No seremos siempre extraños y distintos a los demás?

—No, no, no.

—No sé...

—Carol, si no quieres...

La muchacha rechazó los brazos de su hermano.

—No. Estoy decididamente contigo. Por los otros, sobre todo por Jinny. ¡Tenemos que salvar a Jinny!

Tras un breve silencio, Raymond preguntó:

—Entonces, ¿seguiremos adelante?

—Sí.

—Bien. Te confiaré mi plan.

Raymond inclinóse al oído de su hermana y habló en voz baja.

Capítulo II

Miss Sarah King hallábase junto a una de las mesas del salón de lectura del hotel Salomón, de Jerusalén, removiendo distraídamente los periódicos y revistas. Su ceño estaba fruncido. Parecía preocupada.

El alto francés que entró en la sala la observó un momento antes de dirigirse al extremo opuesto de la mesa. Cuando sus miradas se encontraron, Sarah hizo un leve gesto de saludo. Recordaba que aquel hombre la había ayudado durante el viaje desde El Cairo y que llevó una de sus maletas cuando no encontraron ningún mozo de estación.

—¿Le gusta Jerusalén? —preguntó el doctor Gerard después que se hubieron saludado.

—Hay momentos en que me parece terrible —dijo Sarah—. La religión es muy extraña.

—Comprendo lo que quiere decir. —Hablabla correctamente el idioma de miss King—. Se refiere a las luchas entre las innumerables sectas religiosas.

—¡Y los horribles edificios que han levantado! —agregó Sarah.

—Es cierto.

Sarah suspiró.

—Hoy me echaron de un sitio porque llevaba un traje sin mangas —dijo.

El doctor Gerard se echó a reír. Luego dijo:

—Iba a tomar café. ¿Quiere acompañarme, miss...?

—Me llamo Sarah King.

—Y yo... Con su permiso...

Sacó una tarjeta. Al leerla, Sarah desorbitó los ojos.

—¿El doctor Theodore Gerard? ¡Qué emoción haberle encontrado! He leído todos sus libros. Sus escritos sobre esquizofrenia son muy interesantes.

—¿De veras? —preguntó Gerard, arqueando las cejas.

Sarah explicó:

—Acabo de recibir mi diploma en medicina.

—¡Ah!

El doctor Gerard encargó que les sirvieran café y se sentaron en un extremo del comedor. El francés sentíase menos interesado por los progresos médicos de la joven que por sus negros cabellos, su hermosa boca y bello rostro. Le divertía la admiración con que la joven le miraba.

—¿Piensa permanecer mucho tiempo aquí? —le preguntó.

—Unos días. Luego quiero ir a Petra.

—¡Caramba! También yo pensaba ir allí. Pero no sé si podré. He de estar de vuelta en París el día catorce.

—Creo que se tarda una semana. Dos días para ir, dos para estar allí y otros dos para volver.

—Luego iré a la agencia de viajes para ver lo que puede hacerse.

Un grupo de personas entró en el comedor y se sentaron a poca distancia. Sarah les observó y bajó la voz.

—¿Se ha fijado en esos que acaban de entrar? ¿No recuerda haberlos visto la otra noche en el tren? Salieron de El Cairo al mismo tiempo que nosotros.

El doctor Gerard ajustóse el monóculo y dirigió la mirada hacia los recién llegados.

—¿De América?

Sarah asintió.

—Sí, una familia estadounidense. Pero muy curiosa, según veo.

—¿En qué sentido?

—Fíjese en ellos detenidamente. Sobre todo en la vieja.

El doctor Gerard obedeció. Su aguda mirada recorrió velozmente todos los rostros.

Observó, ante todo, a un hombre alto, de rostro enjuto, de unos treinta años. Sus facciones eran agradables; pero revelaban debilidad. Había dos atractivos jóvenes —el muchacho tenía un perfil casi griego—. «Algo le ocurre», pensó el doctor Gerard. «Sí, está con los nervios en tensión.» La muchacha debía de ser su hermana, pues el parecido entre ellos era muy grande. También estaba nerviosa. Había otra muchacha, joven, de cabellos rojos dorados, que nimbaban su cabeza como un halo. Sus manos, muy nerviosas, estaban destrozando el pañuelo que tenía en el regazo. Otra de las mujeres que formaban aquel grupo era joven, de cabello negro, rostro apacible, sin mostrar ninguna tensión nerviosa. Recordaba a una «madonna» de Luini. En ella no había nada nervioso. Y en el centro del grupo... «¡Cielos!», pensó el doctor Gerard, con ingenua y francesa repugnancia: «¡Qué mu-

jer más horrible!». Vieja, arrugada, sentada con la inmovilidad de un antiguo y desfigurado Buda, o como una araña en el centro de su tela.

—La *maman* no es bonita, ¿eh? —dijo a Sarah, encogiéndose de hombros.

—Hay algo siniestro en ella, ¿no cree? —preguntó Sarah.

El doctor Gerard la volvió a examinar. Esta vez su mirada fue profesional, no estética.

—Cardíaca... —murmuró.

—Sí —aprobó Sarah—, pero hay algo extraño en su actitud, ¿no cree?

—¿Sabe usted quiénes son?

—Se llaman Boynton. La madre, un hijo casado, su mujer, otro hijo más joven y dos hijas menores.

—*La famille Boynton* recorre todo el mundo —sonrió el doctor.

—Sí; pero hay algo muy extraño en la manera que tienen de recorrerlo. Nunca hablan con nadie. Y ninguno de ellos puede hacer nada sin el consentimiento de la madre.

—Es una matriarca —murmuró, pensativo, Gerard.

—Creo que es una completa tirana —dijo Sarah.

El doctor Gerard se encogió de hombros y observó que el dominio que ejerce la mujer estadounidense era reconocido en todo el mundo.

—Pero hay algo más —insistió Sarah—. Los tiene a todos bajo el pie. ¡No hay derecho!

—Para una mujer, el ser demasiado poderosa es malo —declaró Gerard. Movi6 la cabeza, agregando—: A una mujer le resulta difícil no abusar de su poder.

Miró a Sarah y la descubrió observando a la familia Boynton, o mejor dicho, a un miembro de dicha familia. El doctor Gerard sonrió con comprensión muy francesa. ¡Ah! ¿Era eso? Insinuatoramente, murmuró:

—Ha hablado con ellos, ¿verdad?

—Sí...; con uno de ellos.

—¿Con el hijo más joven?

—Sí, en el tren, viniendo de Kantara. Estaba en el pasillo. Le hablé.

—¿Qué le impulsó a hablarle? —preguntó Gerard.

Sarah se encogió de hombros.

—¿Por qué no debía hablarles? Suelo hablar con los compañeros de viaje. Me interesa la gente, sus acciones y sus sentimientos.

—¿Los examina con el microscopio?
—Algo por el estilo —sonrió la joven.
—¿Y qué impresión ha sacado de este caso?
—Pues... —la joven vaciló—. Fue muy extraño. El joven enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—¿Eso es muy notable? —preguntó Gerard, secamente.
Sarah echóse a reír.

—¿Cree que imaginó que yo era una desvergonzada que me insinuaba? No, no creo que pudiera ser eso. Los hombres saben discernir, ¿verdad?

Miró con franca interrogación al doctor Gerard, quien asintió con la cabeza.

—Tengo la impresión de que el muchacho se sentía emocionado y a la vez inquieto. Enormemente emocionado y al mismo tiempo absolutamente inquieto. Es raro, pues siempre he visto que los estadounidenses están muy seguros de sí mismos. Un estadounidense de veinte años sabe mucho más del mundo que un muchacho inglés de la misma edad. Ese joven debe de tener veinte años.

—Yo diría que tiene veintitrés o veinticuatro.

—¿Tantos?

—Creo que sí.

—Quizá tenga razón... Sin embargo, me parece muy joven...

—No se ha desarrollado mentalmente. Persiste la infantilidad.

—Entonces tengo razón al creer que existe en él algo anormal. El doctor Gerard se encogió de hombros, sonriendo.

—Señorita —dijo—, ¿quién de nosotros es enteramente normal? Sin embargo, en este caso creo que existe una base neurótica.

—Seguramente relacionada con esa horrible mujer.

—Parece sentir por ella una gran antipatía —declaró Gerard, mirando curiosamente a la joven.

—Sí, la siento. Tiene una mirada malévola.

—Eso les ocurre a muchas madres con hijos casaderos —murmuró el doctor—. Sobre todo cuando esos hijos se sienten atraídos por muchachas muy lindas.

Sarah se encogió impacientemente de hombros. Se dijo que los franceses eran todos iguales. Estaban siempre terriblemente obsesionados por el motivo sexual. Aunque ella, psicóloga conienzuda, reconocía la presencia del sexo en la mayoría de los problemas.

Las reflexiones de Sarah fueron interrumpidas por Raymond

Boynton. El muchacho habíase levantado, yendo hacia la mesa donde estaban las revistas. Eligió una de ellas, y al pasar junto a la mesa de Sarah, ésta le preguntó:

—¿Ha visitado la población?

Había pronunciado las palabras sin elegir las, preocupada sólo por cómo serían recibidas.

Raymond se detuvo, enrojeció, vaciló como un caballo nervioso, y su mirada dirigióse inquieta a su familia.

—¡Oh! Sí, claro... sí —murmuró.

Luego, como si hubiera recibido un espolazo, regresó junto a su familia, llevándose la revista.

La anciana tendió una gruesa mano hacia la revista; pero al cogerla, su mirada —como observó el doctor Gerard— estaba fija en el rostro del joven. Lanzó un gruñido; pero no dio las gracias. El doctor notó que luego miraba duramente a Sarah. Sin embargo, su rostro estaba impasible. Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en el cerebro de la mujer.

Sarah consultó su reloj y lanzó una exclamación:

—Es más tarde de lo que yo imaginaba. —Se levantó—. Muchas gracias, doctor Gerard, por el café. Tengo que escribir unas cartas.

El francés se levantó y estrechó la mano de la joven.

—Espero que volveremos a encontrarnos —dijo.

—Desde luego. ¿Irá usted a Petra?

—Procuraré ir.

Sarah le dirigió una sonrisa y salió del comedor. Al hacerlo, pasó junto a la familia Boynton.

El doctor Gerard, que los observaba, vio cómo la mirada de mistress Boynton se clavaba en su hijo. Éste volvió la cabeza, no hacia Sarah, sino hacia el otro lado.

Sarah King observó el movimiento, y era lo bastante joven para sentirse molesta por ello. ¡Tan amigablemente que hablaron en el tren! Discutieron de Egipto, riendo del ridículo hablar de los vendedores callejeros. Sarah le explicó que al ser abordada groseramente por un camellero que le preguntó si era inglesa o estadounidense, le dio esta respuesta: «No, soy china». Su placer fue muy grande al notar el desconcierto con que la miraba el hombre. El joven aquel habíase mostrado ansioso de amistad y, sin embargo, ahora, sin ningún motivo, se portaba casi groseramente.

—No volveré a preocuparme por él —decidió Sarah.

La muchacha, sin ser vanidosa, tenía un concepto muy alto

de sí misma. Se sabía muy atractiva y no estaba dispuesta a aceptar desprecios de un hombre.

Quizá se mostró demasiado amable con aquel muchacho. Si lo hizo fue porque, sin saber el motivo, sintió compasión de él.

Pero todo demostraba que el joven era sólo un grosero estadounidense.

En vez de escribir las cartas que le habían servido de excusa para separarse del doctor, Sarah sentóse frente al tocador, peinó su hermosa cabellera, y mirándose al espejo, repasó su vida.

Había pasado por una difícil crisis sentimental. Un mes antes rompió su compromiso con un joven doctor, cuatro años mayor que ella. Se habían querido mucho; pero sus caracteres eran demasiado parecidos. Por lo tanto, sus peleas fueron continuas. Sarah era demasiado autocrática para admitir el dominio de su novio. Sin embargo, siempre había creído admirar la energía en el hombre y también creyó que deseaba ser dominada. Al encontrar a un hombre capaz de imponerle su dominio, descubrió que no le era grato. El romper su compromiso le costó muchos dolores; mas era lo bastante sensata para comprender que su mutua atracción no era una base suficiente para levantar sobre ella una felicidad eterna. Recetóse a sí misma unas vacaciones en el extranjero para que le ayudasen a olvidar.

Los pensamientos de Sarah volvieron del pasado al presente.

—Me gustaría hablar con el doctor Gerard de su trabajo. Ha realizado cosas maravillosas. Si al menos me tomara en serio... Quizá si va a Petra...

Luego pensó nuevamente en el curioso estadounidense.

No le cabía duda alguna de que su extraño comportamiento se debía a la presencia de su familia. Sin embargo, no podía evitar el sentir cierto desprecio por él. ¡Era ridículo que un hombre se portara de aquella forma!

No obstante...

Una extraña sensación la invadió. En todo aquello había algo raro.

En voz alta declaró:

—Ese muchacho necesita que lo salven. ¡Yo le ayudaré!